

# COMENTARIOS

## VALOR DEL TESTIMONIO HUMANO EN LA HISTORIA

CONSTANTEMENTE el historiador se apoya sobre el testimonio humano, no ya escrito, sino también en los restos de sus obras mudas, y a veces, como le ocurre al arqueólogo, éstos son los solos y silenciosos testigos. Todos sirven para atestiguar la presencia del hombre, de hombres concretos que vivieron y sintieron y sólo tienen significado histórico en cuanto a obras humanas que nos hablan de aquellas vidas, ya que es el hombre el único ser que se historifica y con él historifica todas las cosas.

Pero al historiador se le plantea, con inminencia acuciosa, la determinación del valor de esos testimonios. Y este problema lleva implicadas, además, cuestiones filosófico-psicológicas, sobre las cuales se trata de hacer aquí algunas consideraciones. Interesa dilucidar, mediante ellas, los criterios de una exacta valoración, que impidan tanto la confianza como la desconfianza excesivas.

Los filósofos han planteado en un plano metafísico la capacidad del hombre para el error y han contestado formulando teorías extremas e intermedias sobre tal capacidad. No es de este lugar una detallada exposición de estas teorías, pero conviene dar de ellas alguna referencia.

Consideran unos que el error es accidental al apetito metafísico del hombre y otros que le es esencial. Entre los primeros hay quienes mantienen la extraña teoría de que el hombre en sus especulaciones no sólo no yerra de no ser por accidente, sino que además consideran al error como extrínseco, es decir, niegan que el hombre pueda caer en el error, pues todas sus opiniones serían un punto de vista, un momento necesario, y, por consiguiente, no erróneo, en la historia de la filosofía. Tal opinión arranca de la identificación parmenidea del ser y el conocer, se mantiene en Platón y llega a su cima en Hegel, pasando por Espinosa. El historismo se mueve también en ese ámbito y Croce ha sostenido la teoría en su *Logica como scienza del concetto puro*. En este sentido, todo

testimonio histórico sería también un momento de la historia y, como tal, expresaría un elemento necesario y verdadero de su curso. Al historiador le bastaría la «mostración» del testimonio, pues la interpretación que pudiese añadir, testificaría su propio ser y su propio momento, ajenos al testimonio primitivo, y también verdadero.

Una posición más moderada sostiene la accidentalidad del error, pero lo considera intrínseco al pensamiento. En cuanto el entendimiento humano se dirige al ser como a su objeto propio y todo ser es verdadero, el entendimiento conoce siempre la verdad; pero, de hecho, puede errar, *no in essendo*, pero sí *in repraesentando*, ya que no en su primer acto, sí en la formación de juicios y racionios. Aun en el primer acto cabe errar por accidente, si atribuimos a un ser la definición de otro o mezclamos cosas contradictorias. Esta es la doctrina de Santo Tomás y de muchos otros filósofos.

Ahora bien, si el error es accidental al entendimiento, ¿por qué ocurre? Hay doctrinas que señalan como causa la *voluntad* que, en virtud de su libertad, afirma o niega sin fundamento. Tal en Descartes y otros. La posición de los existencialistas actuales, en cuanto supone una *elección* de una vez para siempre, se liga también a esta opinión, pues la elección es voluntaria; todo es, así, verdadero en la existencia auténtica y falso en la inauténtica. Otros señalan como causa el *intelecto*, cuya estructura suponen, como Bergson, inclinada al error, aunque no necesariamente. Bergson considera que el intelecto no alcanza la verdadera realidad, que es «duración real», por su estatismo y modo especial de concebir. Esta misma dificultad se aplica a lo histórico, que siendo fluencia, no puede ser intelectualmente aprehendido sino por categorías fijas que matan o fosilizan la corriente viva de la historia. Una posición intermedia es la de Santo Tomás. Considera que la *causa remota del error* radica en la complejidad de las cosas, la debilidad de nuestro entendimiento, los malos hábitos intelectuales y la costumbre de pensar con imágenes, esto es, de pensar ideas unívocas con términos equívocos. La *causa próxima* es la voluntad, que impera el *asentimiento intelectual*, no impuesto nunca por el objeto. Ya se comprende que el error se produce con más facilidad cuando se juzga sobre objetos muy complejos, como son los acontecimientos históricos, y, además, de gran sutileza y variedad para determinar el asentimiento. No es, pues, extraño que el historiador proceda con gran cautela y, conforme a su método propio, analice y pese los sucesos antes de emitir una opinión propia.

Pero, antes de tomar en cuenta los motivos psicológicos de error, hay que completar el cuadro de las anteriores teorías añadiendo las escépticas. Algunas formas de escepticismo no necesitan ser especialmente consideradas, pues no recaen sobre el conocimiento histórico.

Tal ocurre con el agnosticismo kantiano o positivista o con las diversas formas del pragmatismo o del neopositivismo, que niegan al hombre capacidad para resolver positivamente los problemas metafísicos, aunque no dejan estas posiciones de repercutir sobre el conocimiento que recae sobre los restantes sectores de la realidad.

Hay, además, un escepticismo radical que, como es sabido, basándose en los errores de los sentidos, en la dificultad para distinguir la vigilia del sueño en algunos casos, en las contradicciones de la razón y en la variedad de opiniones de los hombres y la imposibilidad de unificarlas, por no aceptar frecuentemente los discrepantes una base común de discusión, niega que el hombre pueda situarse en la verdad en ninguno de los sectores reales. Una posición tan extrema no sólo considera el error como intrínseco, sino también como esencial al modo de conocer humano.

De esta posición escéptica, lo que más afecta a la historia es la variedad de opiniones suscitadas por la contextura misma de lo histórico. Porque no se trata de conocer hechos simples y fácilmente abarcables, sino de acaeceres complejos. Zubiri ha señalado la diferencia entre «hechos» y «acontecimientos». «La vida del hombre—escribe—no es un simple ejercicio o ejecución de actos, sino un uso de sus potencias. Y sólo tendremos lo específico de la historia, cuando se explique lo que es esto que, provisionalmente, llamamos uso de las potencias a diferencia del simple ejercicio de sus actos. Aquí, uso no significa simplemente «manejo», sino destinación a un plan de conjunto. Las potencias de todos los hombres se ejercitan, en todas las épocas de la historia, de manera sensiblemente idéntica. Pero la vida que con ellas se construye, el uso que de ellas hacemos es variable. Y estas variaciones son, justamente, la historia. La irreductibilidad del uso al simple ejercicio es toda la sutil dimensión que nos lleva a la historia en cuanto tal. Es lo que cambia el mero «hecho» en «suceso» o «acontecimiento». La historia no está tejida de hechos, sino de sucesos o acontecimientos»<sup>1</sup>. En la complejidad de estos acontecimientos y su dificultad de interpretación estriba principalmente la posibilidad de error, ya que, si se trata de documentos, caben errores de referencia, más aquellos que las pasiones e intereses particularmente determinan. Esto nos lleva a los factores psicológicos del error, de especial interés para el historiador.

Estos factores pueden ser permanentes o transitorios. Son permanentes aquellos que dependen de la estructura misma de las facultades humanas; transitorios los que dependen de los estados afectivos. Aparte de lo dicho sobre la inteligencia y la voluntad, hay que contar con la *memoria*. Los historiadores que reflejan los acontecimientos de su tiempo lo hacen de modo mediato o inmediato; ahora bien, ni la memoria

mediata ni la inmediata ofrecen una garantía absoluta. Las pruebas psicológicas muestran que la memoria altera añadiendo, prescindiendo o cambiando, aun cuando trate de reproducir inmediatamente lo percibido. Si a un grupo de sujetos de experiencia se les lee una narración un poco complicada se observan estas alteraciones, más el cambio de orden en la narración, a veces, o bien el tomar lo específico como genérico (por ejemplo designar como «árbol» cualquier especie de él) o, más raramente, a la inversa. Desde luego, la variedad de los resultados es grande de unos individuos a otros. Desde las reproducciones casi exactas a las incoherentes, pero el término medio muestra que, en líneas generales, la narración se reproduce bien, salvo algunas—no demasiadas—de las alteraciones anotadas. Esto permite concluir que se puede confiar en la memoria, pero no sin restricciones, lo mismo que en la capacidad intelectual.

Si el hombre fuera un puro intelecto desapasionado, no habría que considerar otras posibilidades de error; su testimonio ofrecería un margen de confianza no ilimitado, pero sí suficiente. Pero los sentimientos producen alteraciones nuevas: las simpatías o antipatías por ciertas ideas o personas pueden inducir—aun de buena fe—a presentar los sucesos de un modo diferente; y mucho más si en vez de tratarse de un afecto moderado, el testigo está dominado por la pasión. Motivos y móviles—esto es, sentimientos razonados e irracionales, a veces inconscientes (y de aquí la buena fe)—llevan a ver y a contar un mismo suceso de forma diferente, y a presentar de modo diverso lo que parecía materia de representación objetiva. Todo el mundo conoce las descripciones opuestas que hacen de la figura de Enrique IV los dos cronistas de su reinado, Enrique Díez del Castillo y Alfonso de Palencia. El primero, partidario suyo, quiere ensalzar su figura como majestuosa. El segundo, su adversario, sobre la misma planta física, traza un contorno infrahumano. Mas si conocemos la posición del historiador y la pasión que le mueve, podemos salvar este obstáculo, pues en el ejemplo mencionado puede verse, a través de las dos etopeyas, una misma textura física, no obstante la deformación. Este fondo que se impone es, ciertamente, menos claro cuando se trata de la fluencia misma del acontecer, pero no desaparece por completo. La sagacidad del historiador que maneja esos testimonios, está justamente en descubrirlo, lo que requiere en él un conjunto de condiciones personales que pueden ser encauzadas por el método, pero no creadas.

Es claro que cuando los testimonios son restos, desde el más solemne monumento al más humilde utensilio, las posibilidades mixtificadoras disminuyen progresivamente. Si todavía en un monumento solemne hay posibilidad de ficción, en los objetos humildes de uso

cotidiano ésta desaparece. Pero entonces surge otra dificultad: la falta de expresividad, la mudez de los objetos. De aquí que el arqueólogo, que no trabaja apenas más que sobre objetos, no tenga que temer el engaño de los antepasados ni la interposición de palabras grandilocuentes como ciencia, arte, religión, cultura, civilización, que, en expresión de Dilthey, son «como la niebla, que no permite ver lo que hay detrás, pero tampoco puede ser asida». Este peligro, para el arqueólogo, desaparece o es mínimo. Pero, en cambio, al quedarse con los restos mudos, puede escabullírsele el hombre. Y si el hombre desaparece de su horizonte, lo que haga no será historia, pues describirá «hechos» pero no «acontecimientos». Sin duda, la fijación del aspecto fáctico es necesario. Sin exactas descripciones y rigurosas clasificaciones se carecería de un punto sólido de partida. Pero quedarse en ellas es algo así como si tuviéramos en la tierra un suelo sin paisaje, un suelo sustentador que no sustentase plantas, ni animales, ni hombres. Esa primera elaboración es la tarea preliminar para comenzar propiamente la faena historiadora. Ciertamente, los objetos presentan una fijeza y rigidez mayor aún que la de los sucesos pasados, aunque también éstos aparecen fijos. Pero, igualmente que en ellos, hay que adivinar el temblor humano, la radical incertidumbre de lo histórico, subrayada por Kierkegaard. El hombre que hizo esta vasija pudo hacer otra cosa o hacerla, dentro de ciertos límites de estilo, de otra manera. Eso, que hoy vemos clavado, fué una posibilidad, una manifestación de la libre potencia creadora humana, y el tiempo no puede darle una necesidad que en su origen no tuvo y tampoco tiene en su esencia. Hay, pues, que aprender a verla en su radical incertidumbre. Por esto, ver, en historia, no es contemplar lo que simplemente aparece, sino alcanzar lo que inmediatamente no se ve: las posibilidades auténticas. La historia, en opinión de Heidegger, está constituida por estas posibilidades auténticas, y la labor del historiador es presentarlas de modo que pueda verse en ellas lo que tienen de manantial en fluencia y, por lo tanto, de actualidad y repetibilidad. Evidentemente, cada suceso, entendido como posibilidad de algo que pudo ser o no ser, es un todo concreto e irrepetible, pero su forma, ya que no su contenido, puede ser repetida, porque otros hombres pueden encontrar un incentivo concreto para su propia actuación; es la *Wiederholung* heideggeriana. Alejandro, César o Napoleón repiten la forma «conquistador», y las anotaciones de Napoleón a César son ejemplo del incentivo presentado, al cabo de mucho tiempo, por una posibilidad remota, pero vivida como tal, en su frescura de historia viva, y no como un pasado muerto.

Para el arqueólogo, como para todo historiador, los objetos y los sucesos hablan del hombre o no hablan de nada. Los mismos objetos,

en cuanto productos de una cultura, en cuánto no naturales, sino producidos por el hombre, son «sucesos», acaecimiento. Nos llevan a la vida de esos hombres que los fabricaron, que pensaron, desearon y sintieron; mantienen, en fin, en su aparente frialdad y mudez, en su distancia de siglos, el calor y la palpitación de la vida que el verdadero historiador tiene que descubrir y saber transmitirnos. La obra humana trata, como he dicho en otro lugar, glosando también a Heidegger<sup>2</sup>, de arrancar a la tierra oscura su secreto de trascendencia, pero sobre todo revela el ser del hombre que la hace. Y este ser latente es lo que tiene que patentizar el historiador.

EUGENIO FRUTOS

1. *Naturaleza. Historia. Dios* (Madrid, 1949), p. 398-399.
2. *La vinculación metafísica del problema estético en Heidegger*, «Revista de Ideas Estéticas», n. 24, 1948, págs. 333-342.